

MARC
BETRIU
AL
OTRO
LADO



MARC BETRIU
AL OTRO LADO

© Marc Betriu Montull, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 269-2023
ISBN: 978-84-670-6721-7

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Black Print



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

En la embocadura del puerto de Tarragona, en abril de 1937, los barcos mercantes zigzagueaban con aparente parsimonia, expectantes, con las máquinas alerta, buscando el momento de anticiparse y adentrarse por la bocana antes de que alguna fragata republicana les atascara frente a la costa, obligándoles a perder tiempo y dinero. En el baile que se organizaba, los mercantes eran intrépidos y las fragatas, arrogantes. Los primeros tenían las de perder, porque los navíos militares tenían prioridad y se limitaban a avanzar despreocupadamente sin respetar su turno para iniciar las maniobras de atraque. Los capitanes de los mercantes echaban mano de toda su pericia para encontrar el momento de colarse sin que ello incomodara en lo más mínimo la trayectoria de los barcos militares, lo cual podría conllevar una severa amonestación y una abultada multa. Y en medio de aquella tensa disposición, intrépidas y arrogantes al mismo tiempo, se filtraban sin ningún pudor diminutas embarcaciones de pesca, zarandeadas por el oleaje que levantaban los grandes barcos, burlando a todos. Nadie conocía el puerto como los pescadores y peleaban con su desafiante navegación para reivindicarlo como propio.

Mastreta se entretenía observando aquellas maniobras desde la ventana de su buhardilla. Formaba parte de su rutina diaria. La temeridad de los pequeños pesqueros arrancaba en él una sonrisa. Fumaba mucho y bebía demasiado. Tenía temblores en las manos. No era algo nuevo, le pasaba desde que vivía por su cuenta, y de eso hacía ya mucho tiempo. Era un hombre nervioso, pero sabía controlarse y aparentar lo contrario. Lo que no podía evitar era que esa tensión nerviosa que circulaba por su cuerpo emergiera pun-

tualmente, a veces en forma de fiereza, otras en forma de simple temblor en la mano, otras incluso, en forma de valentía. No era un mal hombre, pero lo parecía. Cuando fue localizado por el ejército republicano, llevaba quince días en la ciudad. Había llegado en un carguero francés procedente de Marsella. El barco tenía como destino las Antillas francesas y no estaba previsto que hiciera escala en la costa catalana; Mastreta no se hubiera enrolado en él en tal caso. Pero tuvo una avería en una de sus calderas cuando llevaba un día y medio de navegación y tuvo que detenerse en Tarragona para repararla. Mastreta maldijo su mala suerte. Lo último que hubiera querido era pisar otra vez territorio español. Consiguió pasar desapercibido cuando las autoridades militares inspeccionaron el barco y luego evitó bajar al puerto. Los compañeros, casi todos franceses y antillanos, lo encontraron extraño. Aunque según sus papeles era italiano, todos sabían que en realidad era español, pero, como apenas le conocían y era poco hablador, nadie le preguntó.

Contaba con una ventaja: la guerra había convertido la vida civil en un desbarajuste. Aun así, era entonces un hombre muy receloso. En los últimos meses se había restablecido relativamente el orden en la zona republicana, desconocía en qué grado y con qué eficacia, pero, ante la duda, creyó que era preferible evitar cualquier riesgo de ser identificado y detenido.

Parecía que la suerte estaba contra él. No le faltaban motivos. Por si la avería de la caldera no fuera suficiente, a los cuatro días de atracar, el capitán, exageradamente escrupuloso, en vista de que la reparación de la caldera iba para largo, en buena medida por culpa de la guerra, decidió aprovechar las circunstancias para fumigar el barco, que, por otra parte, era un hervidero de ratas e insectos. La compañía naviera alojó a toda la tripulación, cuarenta y siete hombres, incluidos los oficiales, en tres pensiones cercanas al puerto. La reserva se hizo por un periodo de tres semanas. Mastreta fue el único que se desmarcó del grupo. Estuvo sopesando las opciones y al final pensó que pasaría más inadvertido si se movía por su cuenta. Dijo al capitán que tenía amigos en la ciudad y este se limitó a exigirle que se presentara tres semanas des-

pués en el barco y a darle el dinero equivalente al mismo periodo de alojamiento.

Encontró una buhardilla donde alojarse en una taberna cercana a los muelles. Conocía Tarragona y sabía que era habitual que los marineros hallaran alojamiento en las tabernas del puerto, la mayoría de las cuales eran regentadas por familias que vivían en el mismo edificio. Siempre se les podía hacer un rincón a cambio de dinero, y con francos franceses fue todavía más fácil.

El Serrallo, el barrio marinero de la ciudad, era una zona muy tradicional de casas bajas y calles cortas, con mucha actividad de pescadores locales. En los últimos años había crecido en importancia como puerto de carga. Este se había ampliado construyendo un muelle con maquinaria pesada e infraestructura para descarga. Los barcos de pesca de siempre debían sortear los enormes cargueros que irrumpían frente al puerto como gigantes ruidosos y sucios avanzando lentamente y levantando olas de agua oscura que zarandeaban todo lo demás. Paralelamente habían prosperado negocios para atender la demanda de los cargueros y sus tripulaciones. Había viejas tabernas y locales para los pescadores del lugar, aparte de la lonja, y era habitual ver a los hombres apañar las redes en los muelles por la tarde. Pero, al mismo tiempo, esa actividad se mezclaba con las cuadrillas de marineros que bajaban de los barcos a divertirse. Para ellos era un barrio más como los que habían visto en muchas otras partes del mundo y, tras semanas sin pisar tierra, arribaban ansiosos por pasarlo bien. Así, habían aparecido aquí y allá otro tipo de negocios, más o menos disimulados, prostíbulos y pensiones baratas que la autoridad toleraba para mantener a los jóvenes marineros apartados de otras zonas mejores de la ciudad. De este modo, la mayoría de las tripulaciones no iban más allá del barrio, y las gentes de calidad no se dejaban ver por allí. A costa de ello, el Serrallo había modificado su aire tradicional por otro más peligroso, sus calles estaban ahora más sucias, más concurridas, más oscuras, y las reyertas eran frecuentes a las puertas de las tabernas. Se hablaban allí muchos idiomas y se veían razas antes impensables. Con la guerra la decoración había cambiado otra vez, el mando militar había tomado el

control del puerto, camiones iban y venían noche y día, en los muelles se acumulaban los contenedores de carga militar o bajo supervisión del ejército, y pelotones de soldados subían y bajaban de barcos de guerra republicanos atestando las tabernas. Debajo de todo eso, los pescadores seguían con sus tareas y las tareas y los prostíbulos continuaban acogiendo gentes de todas partes. El local en el que Mastreta se alojó se llamaba El Far, un lugar muy marinero donde casi no aparecían soldados y del cual él no salía nunca.

El Far era luminoso de día gracias a su fachada acristalada, y muy oscuro de noche. El dueño no tenía encendidas más que media docena de raquílicas bombillas. A eso solo se añadían unas velas de cera que había en las mesas. El lugar era frecuentado por pescadores locales y por marineros viejos que buscaban tranquilidad. Después de la cena se llenaba de bultos con forma de hombres que departían con aire calmado, moviéndose poco y hablando entre copas con una pipa en la boca. Era un establecimiento discreto, sin mujeres, nada que ver con algunos de los prostíbulos de la misma calle, tan ruidosos que la jarana se oía desde los barcos. En El Far, Mastreta se sentía relativamente seguro.

Fue a los quince días justos de estar allí, por la noche, después de cenar. Mastreta ya había adoptado hábitos que en El Far ya habían adoptado también. Almorzaba pronto en una mesa alejada de los ventanales, pero desde la cual se veía la calle. Se comía bien, embutidos, cocidos caseros y pescado fresco prácticamente cada día. Comía mirando afuera, viendo a los pescadores preparar los enseres para el día siguiente, observando las cuadrillas de marinos que regresaban a su barco o llegaban a la ciudad. Veía a las mismas prostitutas encaminarse al prostíbulo que había más arriba, y a las mujeres del barrio que cuchicheaban y hablaban de las penurias de la guerra antes de volver a casa. A veces leía algún periódico y se enteraba de cómo iban las cosas en los diferentes frentes. Ese día, *El Diari de Tarragona* informaba del bombardeo de la localidad de Guernica. Después de comer, se encerraba en su cuarto y pasaba la tarde leyendo o mirando cómo arribaban y atracaban los barcos. Bajaba otra vez a cenar. Se refugiaba entonces en una mesa

apartada y oscura que estaba al fondo. Quedaba encajonada al principio de un pasillo y no se veía desde la barra. Allí era casi invisible, no dominaba todo el local, pero podía ver a todo el mundo que entraba. La camarera le preparaba la mesa y cuando terminaba de cenar le traía un café y un coñac. Bebía hasta que se cansaba. No hacía otra cosa que observar a su alrededor y hacer garabatos en una libreta que no dejaba ver a nadie. Tampoco a la camarera, la única con la que hablaba. Se llamaba Dolors, tenía veinte años y era la hija del dueño. Algunas noches, al principio, ella había flirtado con él a escondidas de su padre. Mastreta no le había hecho caso. Ahora ella apenas le decía nada, aunque siempre le miraba con curiosidad y le atendía con rapidez. La noche que le detuvieron, ella le había preguntado por primera vez por los garabatos de su libreta.

—¿Qué es lo que escribes en tu libreta todas las noches?

—Solo mato el tiempo.

—¿Son dibujos o poemas?

—Solo garabatos.

—Yo no podría ser marino. Siempre esperando, en el mar o en tierra, esperando un puerto o esperando un barco. ¿El tuyo cuándo zarpa? —Mastreta la miró con poca simpatía—. Me lo ha preguntado mi padre —aclaró ella.

—Tráeme otro coñac.

Quiso hacerse la ofendida, pero ya había aprendido que no le iba a servir de nada, así que volvió a la barra en silencio. Era bastante tarde y la taberna estaba llena. Mastreta vio entrar a dos hombres. Llevaban gabardina y sombrero. Estaban fuera de lugar en aquel antro de marineros. No fueron a la barra ni se detuvieron en ninguna mesa. Se dirigieron directamente hasta él.

—¿El señor Mastreta? —Él no dijo nada—. También sabemos su verdadero nombre, si lo prefiere.

—¿Qué pasa?

Uno de los hombres, el que había hablado, se sentó frente a él. Era muy feo, apenas tenía barbilla y su cara se confundía con el cuello; tenía un bigotito muy estrecho que agudizaba la descompensación entre el centro puntiagudo de su cara y el resto. El

otro, recio y de cara plana, se quedó de pie con las manos en los bolsillos.

—Aunque no lo parezca, somos militares —dijo el primero—. Yo soy teniente y mi compañero es sargento. Tenemos que pedirle que nos acompañe del modo más discreto posible.

Mastreta sintió el impulso de hacer una broma a partir de su rostro descompensado. Sin embargo, se contuvo.

—No estoy en el ejército. No obedezco órdenes.

—Eso es lo de menos. Resulta que se le requiere.

—No me interesa. Estoy de paso, me largo de aquí muy pronto.

El hombre descompensado sacó una libreta y se puso a ojearla.

—Podría darle algunos argumentos para convencerle. Están escritos aquí con todo detalle. Pero usted ya los sabe. —Mastreta se dio cuenta de que Dolors miraba hacia la mesa. Era la primera vez que le veía acompañado—. Y si aun así no quiere venir —siguió el teniente—, tendremos que detenerle con todo el protocolo. Hostia por aquí, hostia por allá, de rodillas en el suelo, le meteremos la bota en la cabeza, se escapará alguna patada, etcétera, etcétera... Fuera hay un coche. Yo le recomiendo otro sistema: se levanta tranquilamente, sube a coger sus cosas, salimos y ya está, será más fácil.

—¿Quién dice que son del ejército?

El hombre tenía poca paciencia o bien estaba muy acostumbrado a aquel tipo de situaciones. Mastreta pensó que, si un hombre tan feo había llegado a ser teniente y se conducía con tal tranquilidad y con tales aires de seguridad, sin duda se lo habría ganado a pulso.

—O se levanta o le cae la primera hostia.

No lo dijo en tono amenazador, sino más bien con mal humor, como si hubiera tenido un día muy largo y quisiera irse a la cama. Mastreta se levantó y sin pausa comenzó a caminar con calma. Los otros le siguieron. En la puerta de la taberna apareció un tercer hombre. Mastreta se dirigió hacia Dolors, que no había quitado ojo a la escena.

—Me marchó. ¿Cuánto debo?

—No lo sé.

El que decía ser teniente se adelantó con una sonrisa.

—Nuestro amigo ha encontrado su barco. Zarpamos enseguida. La empresa se hace cargo. ¿Basta con esto?

Le tendió unos cuantos billetes.

—Creo que sí. No sé.

—Pregúntale a tu padre. Nosotros subimos a hacer el petate. ¿Vamos, marinero?

Los dos militares le acompañaron a la buhardilla. Mientras recogía sus cosas, Mastreta vio desde la ventana un coche parado delante de la taberna. Estaba en marcha. Un hombre con abrigo y sombrero fumaba apoyado en la puerta. Una prostituta se le acercó y la hizo circular sin darle tiempo a nada. Al bajar de la habitación, el dueño se acercó a él.

—¿Se marcha?

—Sí. ¿Es suficiente? —dijo Mastreta señalando el dinero que el tabernero tenía en la mano.

—Sí, sobra.

—Para la próxima vez.

El dueño de El Far le dio las gracias y volvió a lo suyo. En las tabernas como aquella pasaban muchas cosas extrañas que ya no llamaban su atención. Dolors, en cambio, no se perdía detalle. Justo antes de que salieran cruzó la mirada con la de Mastreta y este le hizo un guiño en el último momento, antes de desaparecer por la puerta. La chica fue a recoger la mesa en la que hasta hacía un momento había estado aquel marinero, del cual nada sabía. Al llegar al rincón se llevó una sorpresa. Para aquella muchacha, aún soñadora, fue un momento que recordaría siempre. Sobre la mesa, junto al coñac, estaba la libreta del marinero. La cogió y la abrió sin poder contener su curiosidad. En sus páginas había pequeños dibujos a lápiz, estampas de la taberna y de las calles del barrio. Unos pescadores bebiendo en una mesa, el dueño fumando en un momento de descanso, una prostituta junto a una farola, y también ella sirviendo una copa o mirando por el ventanal.